

Actas del Décimo Tercer Congreso Nacional y
Quinto Congreso Internacional Hispanoamericano de
Historia de la construcción

Santo Domingo (Rep. Dominicana)
20 a 23 de marzo de 2024



Pontificia
Universidad Católica
Madre y Maestra

Universidad Nacional
Pedro Henríquez
Ureña

Sociedad Española de
Historia de la
Construcción

Organización del
Gran Caribe para los
Monumentos y Sitios

El cubo del Revellín de Logroño (1522-1525): un ejemplo de cubo artillero de la fortificación de transición

Diego Téllez Alarcia

Uno de los puntos más emblemáticos de la ciudad de Logroño sigue siendo su célebre «Cubo del Revellín». Situado en la esquina noroccidental de un recinto fortificado del que apenas se han conservado vestigios, ocupa un lugar protagonista en el imaginario colectivo de sus habitantes por vertebrar los festejos de sus fiestas patronales: San Bernabé. Y es que cada 11 de junio se reúnen en su entorno para conmemorar la resistencia de la localidad al cerco de un ejército franco-navarro comandado por el general André de Foix, señor de Asparros, entre el 5 y el 11 de junio de 1521 (Figura 1).

Sin embargo, muchos logroñeses desconocen que el cubo no existía por aquel entonces. Fue, en realidad, una consecuencia de aquella acción bélica que permitió a la que entonces era conocida como «llave de Castilla» postularse como una plaza fuerte de envergadura si se deseaba conservar el reino de Navarra. Carlos V aceptó el argumento en primera instancia y ayudó a financiar el comienzo de la remodelación de todo el sistema defensivo logroñés. En realidad, el impulso duró poco, tanto como los fondos de una monarquía cada vez más hipotecada y con muy diversos frentes que cubrir. Con todo, fue suficiente para que se construyese este magnífico ejemplo de cubo artillero de la denominada «fortificación de transición» (Villena 1998). La analizaremos en las siguientes páginas.

CONTEXTO

Como bien indica Alicia Cámara «la guerra obligó al emperador a proteger las fronteras» pero, además, «la evolución de la artillería obligó a una transformación radical de las fortificaciones en la primera mitad del siglo XVI». Asistimos, en consecuencia, a una doble coincidencia que convirtió los límites del imperio en «campo de experimentación de la nueva arquitectura militar» (2000). Durante este periodo la carrera entre los avances armamentísticos y la poliorcética se aceleraría materializándose en la erección de estructuras cada vez más complejas que pudiesen responder con solvencia a armas de fuego crecientemente eficaces.

En 1521 este diálogo estaba alcanzando su máxima efervescencia. A mediados de mayo de aquel año, un ejército franco-bearnés al mando de André de Foix, señor de Asparros, invadió el reino de Navarra con el objetivo de recuperarlo para la dinastía de los Albret, destronada en 1512 por Fernando el Católico. Sumaban en torno a 15.000 hombres entre infantería y gendarmes, y desplazaban un potente tren de artillería. Francia era en aquel momento potencia puntera en esta arma. Los muros de San Juan de Pie de Puerto poco pudieron hacer ante la superioridad armamentística de los enemigos y capitularon el 15 de mayo. Pamplona lo hizo poco después. En menos de un mes, todo el reino estaba bajo control de Asparros. El 5 de junio sus tropas cruzaban el Ebro a la

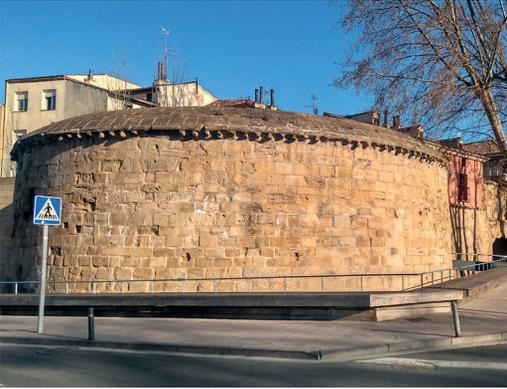


Figura 1
Cubo del Revellín de Logroño. (Colección del autor)

orilla sur a la altura de Agoncillo y cercaban la ciudad de Logroño, primera localidad castellana de importancia en la tradicional ruta del Camino de Santiago. El objetivo era conseguir una cabeza de puente en Castilla y reavivar la rebelión comunera que languidecía tras la derrota de Villalar. Las murallas medievales de Logroño no parecían suficiente defensa para la mejor artillería de la época. Sin embargo, las fuerzas estaban más igualadas de lo aparente. Para empezar Asparros no había podido trasladar todo su tren debido a problemas logísticos, perdiendo algunas piezas fundamentales para su ofensiva. Por otro lado, en un rápido reconocimiento de las defensas del rival, pronto percibía que, aunque débiles, las murallas estaban bien artilladas. En Logroño se encerraba, por si fuera poco, un importante contingente de «escopeteros». Serían claves, ya que su puntería impediría a la batería enemiga acercarse lo suficiente como para hacer eficaz su potencia de fuego. Tres días de bombardeos fueron insuficientes para hacer caer la plaza y tras ellos el ejército francés comenzó a sufrir escasez de pólvora y otros víveres. Por si fuera poco, llegaron noticias de la proximidad de un ejército de socorro. Ante estos obstáculos André de Foix desistió y se retiró. Dos semanas después (30 de junio) sería derrotado en la batalla de Noáin y su efímera recuperación de Navarra, desbaratada (Téllez Alarcia 2021, 177-232).

Este corto episodio de la campaña de 1521, preludio de la Guerra de los Cuatro Años (1521-1526) mostró a las autoridades españolas dos cuestiones de relevancia:

- La primera era la vigencia de la importancia estratégica de la ciudad de Logroño. Esta población limítrofe con el reino de Navarra ya había servido como base de operaciones de la campaña de conquista de 1512. La fragilidad del control sobre este último la convertía en un centro de referencia en retaguardia: la «llave de Castilla» como se indica en numerosas fuentes contemporáneas (Cock 1879, 56).¹
- La segunda era la debilidad de las fortificaciones disponibles en la ciudad. Estas consistían en tres elementos: por un lado, un puente de piedra custodiado por tres torres; por otro un castillo a los pies de este último (de hecho, la tercera torre del puente en realidad pertenecía al castillo); finalmente un cinturón de murallas y cercas de origen medieval. Si bien los dos primeros todavía ofrecían unas prestaciones razonables, los muros altos, delgados y sin espacio para la instalación de cañones, propios de siglos anteriores, eran del todo inapropiados para una forma de hacer la guerra que se estaba revolucionando por momentos (Álvarez Clavijo 2003, 2: 22-117).

Este diagnóstico no se produjo de forma aislada. Atañía a otras muchas plazas que habían mostrado la debilidad de sus defensas en las sucesivas ofensivas francesas del periodo. Si el cerco de Logroño fue un aviso, mucho más grave fue la caída de Fuenterrabía en 1522, recuperada solo tras arduos esfuerzos en 1524 (Monteano 2021). Dadas estas circunstancias, el emperador Carlos V apoyó un programa de ampliación y reforma de muchas de las fortalezas de la frontera norte (Villena 1998; Cobos 2002), incluyendo en él a la ciudad de Logroño, localidad que incluso visitó en persona a finales de 1523 concediéndole diversos privilegios en recompensa por su resistencia de 1521 (Téllez Alarcia 2021, 356-361).

PROCESO CONSTRUCTIVO: LA CUENTA DE GASTOS DE LA MURALLA (1498-1540)

Estamos perfectamente al tanto de los detalles de la erección del cubo del Revellín y de la aledaña Puerta del Camino gracias a una fuente documental de excepción: la cuenta de gastos de la muralla entre 1498 y 1540. Este documento conservado en el Ar-

chivo General de Simancas fue rescatado por la historiadora Adelaida Allo Manero a comienzos de los años noventa del siglo pasado (1991), siendo utilizado posteriormente por numerosos especialistas (Álvarez Clavijo 2003; Téllez Alarcía 2021). Se trata de un voluminoso legajo de 479 folios sin numerar escrito en letra procesal cursiva en papel verjurado con tinta negra ferro gálica en el que se presenta un informe de contabilidad al Tribunal Superior de Cuentas acerca de los gastos realizados en el mantenimiento y ampliación del cinturón defensivo logroñés entre 1498 y 1540. Lo eleva el escribano de artillería de S. M., D. Pedro del Peso, con los datos recibidos del escribano de la ciudad, D. Francisco Ortiz de Zárate.²

Para el objetivo de este trabajo interesan particularmente las anotaciones realizadas entre 1522 y 1524, fechas extremas de la erección del nuevo bastión. Ofrecemos a continuación una síntesis de las mismas.

En 1522 se actuó «en las cercas y cubos que sus majestades nuevamente mandaron hacer en esta dicha ciudad», más concretamente en el área que nos interesa. Se especifican de modo muy pormenorizado todos los pagos realizados a canteros, obreros y mozas lo que da una idea de la rapidez con la que avanzaban los trabajos. Se indican igualmente los pagos en arreglos de herramientas como reglas, escuadras, plomos, niveles o, incluso, picos y azadones. O en los materiales acopiados: cal procedente de la cercana localidad de Laguardia, arena y ripio. El nivel de detalle llega incluso a la anotación de las partidas gastadas en el alquiler de algunas bestias de carga «para traer la cal de las torres y otras cosas para servicio de la obra. Se informa del traslado de 770 carretadas de piedra y de la compra de 1.582 sillares al cantero maese Domingo, al cual se abonó por la mejoría de unas piedras grandes que se gastaron en dicho cubo». El veedor de las obras durante este periodo fue Juan de Viana, aunque la supervisión técnica final la realizó un personaje destacado que mencionaremos en breve: Lope de Isturizaga.

En 1523 continúan los registros minuciosos de la cuenta. Se distinguen en ellos dos tipos de canteros participantes: los canteros ejecutaban el trabajo (Miguel Echeveste, Domingo del Pozo) y los que se limitaban a sacar la piedra (Domingo y Miguel de Albisén). Media docena de carreteros aparecen también nombrados por nombre y apellidos trayendo el mate-

rial desde localidades tan alejadas como Castilseco (a aproximadamente 60 kilómetros de Logroño). El total de carretadas llegadas a la obra se multiplicó con respecto a la anualidad previa: ascendió a 1.745. En lo que hace referencia a la cal, esta se transportó en esta ocasión desde el barrio logroñés del Cortijo, 5 kilómetros al Oeste, desde la calera construida por Juan González. No obstante, no fue el único proveedor. La cuenta menciona más de una docena de suministradores más. Otros materiales como ripio o arena fueron traídos por Diego López de la Redonda, Hernán Ruiz y Juan de Carmona. Nuevamente se alude a remuneraciones en concepto de reparación de herramientas y de adquisición de clavos o tablas para el andamiaje. Todo esto es un indicativo de la actividad febril que se vivió a lo largo de estos doce meses. En esta ocasión actuaron como veedores Antonio de Torres, Juan de Viana y Diego de Sepúlveda, siendo maestro de obra el ya citado Lope de Isturizaga.

Por último, en 1524 los trabajos se extendieron también al lienzo de muralla anexo al cubo y a su Puerta del Camino. Volvemos a disponer de un detallado listado de retribuciones de jornales a carpinteros, obreros, mozas y bestias de carga, o por el arreglo de herramientas. Los canteros que intervinieron en esta fase fueron Domingo de Pozo, Diego de Porto, Hernando Ochoa y, sobre todo, Juan de Zaráin. El principal encargado de proporcionar la piedra fue Martín de Arbizu. Ocho carreteros suministraron 2.729 carretadas lo que indica una nueva aceleración de las obras. Ripio, arena y cascajo fueron proporcionados por Diego López de la Redonda y Hernán Ruiz. Fueron veedores Juan de Viana y el cantero maestre Juan. Isturizaga continuó siendo el supervisor, pero fue sustituido en una ausencia (de la que hablaremos más adelante) por Miguel Echeveste.

A partir de 1525, la actividad languidece y se aleja de nuestro foco de interés. Desaparece casi por completo a partir de 1526.

LA FINANCIACIÓN: PENAS DE CÁMARA, SISAS, PROPIOS Y UN JURO

Desde tiempos de los Reyes Católicos, Logroño había recibido diferentes permisos y ayudas para reforzar su perímetro defensivo que se sumaban a los fondos de sus rentas y propios. En 1498 una Real Cédula daba licencia para la utilización de las penas de cámara en la

erección de «barreras, cubos y baluartes» (Allo Manero 1991, 2-4). En 1502 los monarcas otorgaban una sisa por dos años para reparaciones «en el muro que está hasta la parte del río Ebro». ³ En 1506 Felipe I confirmaba la recién citada licencia de 1498.

Sin embargo, hay que esperar a 1521 para ver un impulso financiero importante a las obras tanto por parte del concejo como de la mano de Carlos V. En lo que se refiere al primero, se estableció una polémica sisa que incluía a los clérigos de la ciudad, quienes se negaban a costearla. Fue necesario que el mismísimo emperador escribiese al obispo al respecto a comienzos de 1524 y que emitiese una Real Cédula en abril de 1526 ya que el conflicto había llegado tan lejos que los eclesiásticos se habían declarado en una especie de «huelga», cesando los oficios divinos e incluso las ceremonias de entierro de los muertos (Álvarez Clavijo, 2003, 2: p. 85).

En lo que atañe al emperador, se concedió a la ciudad un juro anual de 218.750 maravedís que habían pertenecido a D. Pedro, el mariscal de Navarra. Se trataba de un título que el susodicho poseía en la ciudad y que se le embargaba por su rebeldía durante la campaña de primavera de 1521 (se había unido a las tropas de Asparros). Le sería devuelto en 1525 tras su regreso al servicio de Su Majestad (Allo Manero 1991, 170).

No parece casual que fuese precisamente entre ambas fechas (1522 y 1525) cuando se produjese el mayor esfuerzo constructivo en el recinto defensivo logroñés. Tras la polémica de la sisa y, sobre todo, la pérdida del juro, es decir, comprometidas las fuentes de ingresos, las obras languidecerían notablemente, aunque el plazo fue suficiente para la erección del cubo artillero que analizamos (y de las estructuras aledañas).

Al final del periodo de registro de la cuenta de gastos de la muralla (es decir, 1540), se habían gastado 7.420.304 maravedís de los cuales 5.468.455 procedían de las concesiones reales, mientras el resto, 1.951.848, lo habían provisto los propios de la ciudad (Allo Manero 1991, 170). Gran parte de este desembolso correspondería al cuatrienio señalado.

LOS ARTÍFICES: LOPE DE ISTURIZAGA, DIEGO DE VERA Y ¿BENEDETTO DE RÁVENA?

Gracias a esta misma fuente documental conocemos el nombre del maestro cantero encargado de las obras. Se trata de un viejo conocido en el campo de

la arquitectura militar española del periodo: Lope de Isturizaga. Los registros de la cuenta de gastos de la muralla son, en este sentido, inequívocos. Así, en 1522 ya se menciona un pago a su persona:

lo que se gastó en los jornales y salarios del maestre Lope cantero, maestro de las obras, son 20.536, y son por 117 días que estaba acá en la obra, a 4 reales cada día, y más tres días que pudo estar en venir desde San Sebastián a Logroño, a 4 reales cada un día, y más 62 días que ha estado fuera de la obra a 2 reales cada día, que montan todos los sobredichos 20.536 maravedís.

Y otro tanto sucede en 1524:

Ítem que dio en 29 de junio por otro libramiento al dicho maese Lope, 4.624 maravedís por el salario desde sábado a 7 de mayo que partió para Berlanga con licencia hasta jueves a 26 de mayo que son 20 días de ausencia a 2 reales, que son 40 reales, y dos del dicho jueves hasta hoy domingo a 19 de junio, 24 días de presencia a 4 reales, son 16 reales, con los dichos 40 de arriba montan los dichos.⁴

Como se ve, en ambas citas se alude a viajes y ausencias de Isturizaga. Y es que este maestro cantero llegó en 1522 a Logroño procedente de San Sebastián, donde también dirigía los trabajos de fortificación. Así mismo, en 1524 sería el encargado de supervisar los del castillo de Berlanga. No en vano, las tres fortalezas guardaban similitudes más que evidentes por la utilización de un mismo tipo de cubo artillero (Figuras 2 y 3).

Isturizaga también había trabajado en diversos lugares, siendo nombrado visitador en Navarra en 1516-17, donde asesoró a Pedro de Malpaso en las



Figura 2
Castillo de Berlanga de Duero. (Colección del autor)

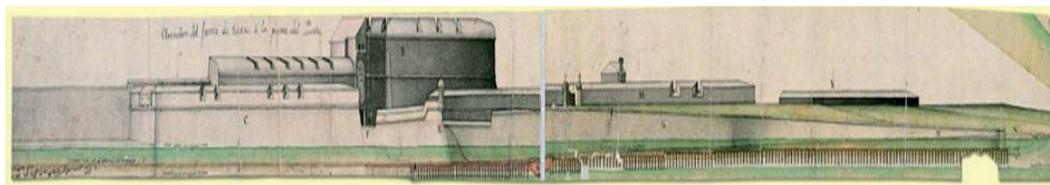


Figura 3

Cubo imperial de la fortaleza de San Sebastián. Phelipe Cramer, 1753 (Servicio Geográfico del Ejército)

fortificaciones de Pamplona, Maya, San Juan de Pie de Puerto, El Peñón, Irún, Monzón o Lumbier. Más adelante también intervendría en los cubos de Fuenterrabía y, nuevamente, en el castillo de Santiago de Pamplona (Cobos y De Castro 2014, 145-147).

Además de él, en la obra del cubo intervinieron dos cuadrillas de canteros dirigidas por los ya citados Domingo del Pozo y Miguel de Echeveste (este último incluso sustituyó a Isturizaga en su ausencia), y una cuadrilla de obreros peones. En momentos puntuales llegaron a reunirse hasta 65 personas en el tajo diario. En la primera semana de abril de 1524 constatamos la presencia de un entallador que labra los modillones en forma de cañón y cabezas de león en el cubo, así como bolas y puntas en el lienzo de muralla. En la aldeaña Puerta del Camino otro entallador, Francisco Enríquez, labraba el escudo de armas imperial que todavía puede contemplarse, y que fue instalado definitivamente el 26 de noviembre de 1524. Fue pintado en oro, plata y colores por Andrés de Saldaña. Al año siguiente se le añadió una inscripción por el entallador maestro Antonio (Allo Manero 1991, 173; Álvarez Clavijo, 2003, 2: 84).

Mucho más difícil resulta determinar quién dio la traza original. Según algunos de los más reputados especialistas en el campo el responsable del diseño del cubo sería Diego de Vera, un veterano militar español cuyo currículum al servicio de la monarquía incluía su presencia en los campos de batalla de Italia, África y Navarra. Fue Jefe Superior y Capitán de la artillería entre 1506 y 1523 y proyectó las defensas de Orán, Irún y San Juan de Pie de Puerto (Cobos y De Castro 2000, 226; De Castro 2004, 375-377; Cobos y De Castro 2014, 144-145). A favor de esta teoría un detalle no menor: Vera participó en la defensa de Logroño en junio de 1521 infiltrándose en pleno cerco con un contingente de refuerzo (Téllez Alarcía 2021, 209). Por otro lado, María Teresa Álvarez de

Clavijo desliza un interesante dato que podría apuntar a la autoría por parte de Micer Benedetto de Rávena: «desconocemos si con anterioridad [a 1535] Benedetto de Rávena estuvo en la ciudad [de Logroño] ya que parece ser que en 1517 viajó a España para ocuparse de la fortificación de Pamplona» (Álvarez Clavijo 2003, 2: 74).

DESCRIPCIÓN Y CARACTERÍSTICAS DEL COMPLEJO

El Cubo del Revellín fue parte integrante de un sistema defensivo mucho más amplio pero que apenas conocemos debido a la pérdida de la mayor parte de las murallas en la segunda mitad del siglo XIX (Sáenz Cenzano 1950, 61).⁵ Combinaba en su área muralla, foso y contramuralla y se adscribe a la tipología de los cubos artilleros de la denominada fortificación de transición. Fue levantado a base de sendas camisas de sillería rellenas con argamasa y canto rodado. Su defensa estaba pensada en torno a una plataforma triple compuesta dos galerías de tiro, una inferior bajo cúpula y otra intermedia en forma de corola, rematadas por un adarve superior. A estas tres zonas de tiro se accedía por un corredor desde el interior de la plaza. A pocos metros en dirección sur se abría la Puerta del Camino, la más simbólica de las que tuvo la ciudad y la única que ha llegado hasta nosotros.

Nos detendremos a continuación en cada uno de elementos del conjunto (Figura 4):

1. Galería de tiro inferior: su morfología es la de una elipse truncada cubierta por una bóveda plana cuyas similitudes con sus gemelas en Berlanga de Duero hablan a las claras de una misma autoría. Coincide en profundidad con el foso, disponiendo de tres cañoneras abocinadas destinadas a cubrir este sector. Ello induce a pensar que dicho foso sería seco ya que su inundación sería incompatible con las

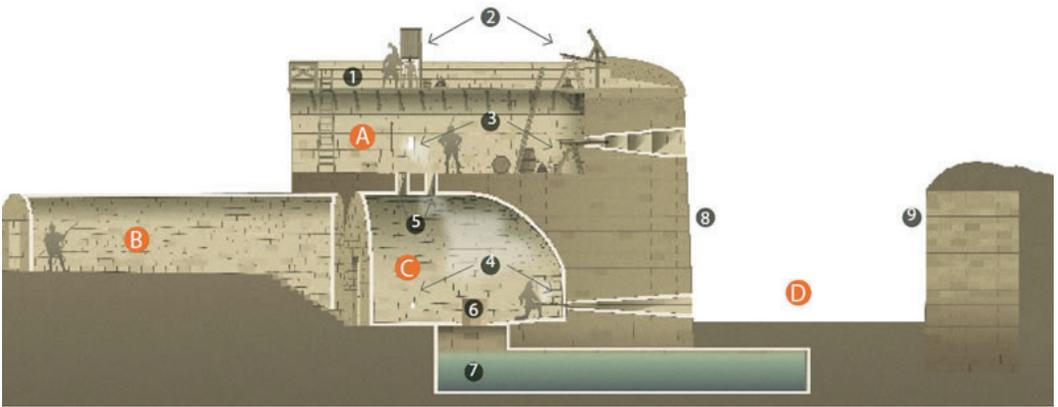


Figura 4

Esquema del Cubo del Revellín y sus elementos compositivos. A: Galerías superior e intermedia (1. Adarve. 2. Cañoneras. 3. Cañoneras gradeadas). B. Corredor de Acceso. C. Galería inferior (4. Troneras. 5. Espiráculos. 6. Brocal. 7. Galería). D. Foso (8. Escarpa. 9. Contraescarpa). El cubo del Revellín. (Ayuntamiento de Logroño: http://web.logro-o.org/cubo_revellin/foto01.htm)

mencionadas aperturas. En opinión de Tudanca y López de Calle, por ellas escupirían su fuego armas ligeras y de tiro rápido «mortíferas para la infantería de asalto apelonada» (2021, 81).

Además, hallamos en el interior un pozo o brocal monolítico de piedra, conectado a un depósito subterráneo de agua cuya función sería la de hidratar y refrescar los cañones, así como detectar vibraciones producidas por la excavación de minas por parte del enemigo. Existen hipótesis sobre su posible empleo como «galería de escucha» o galería contramina, que no han podido ser corroboradas fehacientemente.

En la bóveda se distinguen varios espiráculos para la evacuación del humo generado por los disparos. Aunque se conserva un pavimento de guijarros, es probable que date de reformas posteriores.

2. Galería de tiro intermedia: esta sala posee una planta ultrasemicircular que reproduce la misma distribución de la planta inferior, con dos troneras gradeadas orientadas en paralelo a los lienzos occidental y septentrional. Entre ellas se dispone una doble aspillería de tiro convergente abierta al exterior en un hueco bastante angosto. En la parte exterior todavía puede percibirse, pese a la erosión, el remate del cilindro con una moldura corrida de modillones con bocas de los cañones y las cabezas de león alternándose.

Desconocemos el material del techo de esta galería, aunque Tudanca y López de Calle hipotetizan

que «estaría formado por un sencillo forjado de madera si bien éste debiera ser compatible con un solado de losas de piedra destinado a servir de adarve interno y de asiento a una tercera galería artillera» (2021, 81). Estos mismos autores, que fueron los encargados de la documentación arqueológica del conjunto en el proyecto de estudio y restauración llevado a cabo en 2006, confirman que dicho solado «fue documentado... aunque sólo en algunos tramos concretos de su recorrido».

3. Adarve: el tercer elemento del cubo es el paseo de ronda que haría accesible la línea superior de tiro. En la actualidad se halla mutilado por lo que desconocemos si se habilitaban cañoneras o no. Parece probable que fuera así si atendemos al diseño de otros cubos artilleros similares contemporáneos como el de San Sebastián.

4. Corredor de acceso: se trata del pasillo angulado cubierto con bóveda de cañón que conectaría la galería inferior de tiro y las escaleras de acceso a la galería intermedia y al adarve con el resto del recinto. Por desgracia, este último engarce no se ha conservado por lo que desconocemos cuál sería la solución arquitectónica empleada. Lo más probable es que llegase a una cercana «Casa de la Artillería», construida poco después para almacenar las municiones y la pólvora.⁶

5. Muralla, contramuralla y foso (Figura 5): el Cubo del Revellín era un elemento más dentro de un

sistema defensivo integral que, si bien no fue finalizado en su totalidad por razones político-estratégicas y económicas, estaba concebido como un conjunto del que no se puede desligar. De hecho, sabemos por la cuenta de gastos de la muralla que llegaron a iniciarse las obras de un segundo cubo, el de San Francisco, aunque solo se abrieron los cimientos antes de que se abandonase la obra.⁷

Así las cosas, es preciso analizar cómo se articulaba el cubo con otros elementos como la muralla, la contramuralla y el foso. Respecto a la primera, hay que diferenciar entre el paño occidental y el septentrional. El primero es una estructura contemporánea al cubo que, si bien era de menor altura y grosor, muestra una gran similitud constructiva y estética con él. La única diferencia apreciable corresponde a la ornamentación en modillones que se remata en este caso con bolas y puntas de diamante. En su cara interior se pueden apreciar tanto el hueco de paso como la huella de una escalera para acceder a un pasillo volado a forma de adarve. Por su parte, el lienzo septentrional muestra enormes diferencias constructivas y ha sido datado con mucha posterioridad. Se trataría de una ampliación del recinto fechada en plena Guerra de la Independencia, por lo que no atañe su estudio en este trabajo.

Volviendo al tramo de muralla occidental, hay que señalar otros dos elementos destacados aparecidos durante las excavaciones arqueológicas del año 2006. Se trata del foso y de un puente que, por imperativos

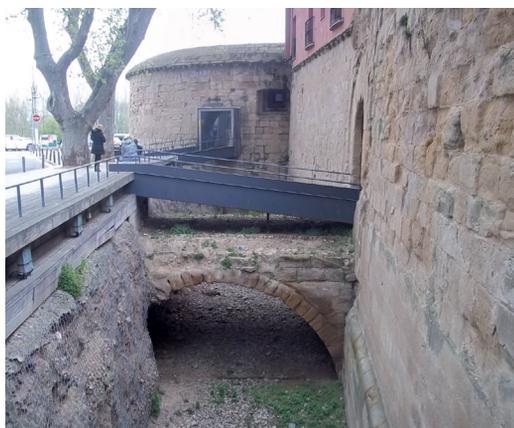


Figura 5
Foso, puente y cubo del Revellín al fondo. (Colección del autor)

urbanísticos de la época, no pudieron ser documentados por completo, desconociéndose en consecuencia su longitud. Los arqueólogos encargados de la intervención sostienen la tesis de que «el foso dispusiera de una contraescarpa de sillería sobre la que quedaría apoyado un puente de dos arcos, tal como aparece representado en las planimetrías históricas» (Tudanca y López de Calle 2021, 82). En su opinión sería concebido como un foso seco (de ahí la apertura de troneiras en la galería inferior de tiro del cubo) si bien podría incorporar en el fondo un canal de agua para ayudar al sistema de alcantarillado de la ciudad.

6. Puerta del Camino (figura 6): aunque sin una función defensiva relevante, es preciso mencionar el último elemento conservado de todo el complejo: la Puerta del Camino. Se trataría de uno de los accesos principales a la ciudad, bautizado con un nombre alusivo a la ruta de peregrinación a Santiago que tan relevante había sido para el crecimiento de la ciudad desde la Edad Media. Como zona de paso relevante, fue dotada de un carácter simbólico de manera inmediata a través del tallado del blasón del emperador (águila bicéfala, símbolos de los territorios de la monarquía) flanqueado por dos escudos idénticos de la ciudad (puente, torres y flores de lis), todos ellos enmarcados por una decoración vegetal cuyo deterioro hace difícil su reconocimiento en la actualidad. El hueco para atravesar la muralla está enmarcado por un arco lobulado al exterior y rebajado al interior. Elementos originales como los portones de madera y un cartel con una inscripción, han desaparecido.



Figura 6
La Puerta del Camino. (Colección del autor)

OBSOLESCENCIA PREMATURA Y ABANDONO DEL PROYECTO

Apenas diez años después de la finalización de las obras en el Cubo del Revellín la realidad de la obsolescencia de las defensas recién erigidas se acabó por imponer incluso para los propios contemporáneos. Tras varios años de parálisis en los trabajos motivados por la pérdida de financiación el emperador encargó a Micer Benedetto de Rávena, ya con el título de Ingeniero Real, la supervisión del sistema defensivo de la frontera noroccidental. Por ello visitó las ciudades de Logroño, Pamplona y San Sebastián. Con la información recopilada dio unas nuevas trazas en colaboración con el maestro de campo Pedro de Guevara para la remodelación de todo el conjunto logroñés. Enviadas al soberano y al Consejo de Guerra, ya en marzo de 1535, por desgracia se han perdido. Por fortuna, iban acompañadas de una amplia explicación en la que Guevara enmendaba casi por completo todo el recinto. En este documento la referencia al denominado entonces «Cubo Nuevo» es demolidora: se juzga muy críticamente como obra obsoleta, del todo inadecuada y necesitada de recrecimiento y profunda reforma. Para empezar, era preciso revisar los cimientos («cargar fosos» en el muro nuevo de modo que se reforzase dichas bases). Por si fuera poco, era preciso reformar el resto del perímetro amurallado: se debía agrandar incluyendo dentro de él el monasterio de San Francisco al este de la ciudad (que había dado muchos problemas durante el cerco de 1521 por estar fuera del perímetro amurallado); necesario distribuir alrededor de la cerca hasta siete nuevos baluartes triangulares de mayores dimensiones que el del Revellín; y, finalmente, habrían de disponerse las cañoneras a los lados de las casamatas, a defensa cubierta, sin que ninguno de estos bastiones tuviera más de 4 troneras, 2 a cada lado. Para poder llevar a cabo esta última reforma no había otro remedio que agrandar el foso e inundarlo.⁸

Como bien indica Porrás Gil, «de haberse llegado a realizar estas obras, Logroño se habría constituido en una plaza militar de primer orden, totalmente guarnecida por el río Ebro y sus anchos fosos con agua, inexpugnable dada la eficacia de sus baluartes» (1995, 281). Pero el proyecto no se llegó a ejecutar ni siquiera parcialmente. El propio emperador

reconocía al corregidor de Logroño Jorge Ruiz de Alarcón las causas de la parálisis en una cédula escrita poco después de la elaboración de la traza-informe de Benedetto-Guevara (concretamente el 13 de mayo de 1536):

en lo que toca a las obras y reparos de esa ciudad de Logroño, bien conocemos cuanto convenía que se fortificase y aunque querríamos mandar proveer del dinero que para ello es menester por el presente no hay disposición por los grandes gastos que se han hecho y hacen en otras cosas.⁹

Muy poco después, en 1542, las cuentas de la muralla de Logroño examinadas por Pedro del Peso eran aprobadas. Todavía entonces se levantaron algunas voces acerca de la pertinencia de retomar la reforma de las fortificaciones logroñesas. El protagonista de la iniciativa fue el mismísimo duque de Alba quien, tras una inspección de las mismas, remitió una carta al emperador describiéndolas en estos términos:

La tierra de Logroño parece que está en muy ruin disposición, pero se podría poner en tan buena como es razón. Convendría terminar de acordar lo que conviniera a esta ciudad y se pondrá de otra manera como ahora está, porque así no cumple servicio.¹⁰

Desafortunadamente, los aprietos económicos continuaban para la hacienda regia y, por si fuera poco, las inercias constructivas iban en otra dirección. Apaciguado el reino de Navarra, las prioridades se situaban en otros enclaves como Fuenterrabía, San Sebastián o Pamplona, quedando Logroño completamente relegado.¹¹ Apenas se intervendría en el futuro en las murallas logroñesas, tan solo para realizar reparaciones limitadas. El flamante Cubo del Revellín y su anexa Puerta del Camino, desfasadas desde el punto de vista poliorcético casi desde su nacimiento, «anticuado e inútil para la maniobra bélica» según Porrás Gil (1995, 282), iniciaban un largo recorrido de casi cinco siglos de vicisitudes hasta llegar a nuestros días y convertirse en uno de los símbolos identitarios más queridos y reconocidos de la ciudad. Esa y no la defensiva, ha acabado siendo su principal funcionalidad.

NOTAS

1. Una de esas fuentes es una carta del concejo de Logroño a los gobernadores de Castilla, fechada el 16 de mayo de 1521, en la que dicen, textualmente, que Logroño, por estar «en la frontera» con Navarra, es la «llave de estos reinos», Archivo General de Simancas (en adelante AGS), *Patronato Real*, 2-55.
2. AGS, *Contaduría Mayor de Cuentas*, 1ª época, legajo 1047.
3. Tasa de una blanca sobre cada libra de carne, pescado y aceite (Álvarez Clavijo 2003, 2: 76).
4. AGS, *Contaduría Mayor de Cuentas*, 1ª época, legajo 1047.
5. Según Tudanca y López de Calle su «insólita preservación . . . no sólo es la consecuencia de su particular solidez constructiva, muy superior a la del resto del recinto, sino que está también relacionada con el desarrollo urbanístico de este sector de la ciudad en el siglo XIX, puesto bajo jurisdicción militar y ajeno a la frenética acción constructiva que vivió el Logroño del cambio de siglo.» (2021, 79).
6. El acceso actual al Cubo del Revellín fue abierto en el siglo XX, por lo que no forma parte de la estructura original. En la actualidad este espacio se utiliza como museo.
7. AGS, *Contaduría Mayor de Cuentas*, 1ª época, legajo 1047.
8. AGS, *Secretaría de Guerra*, Legajo 7, fol. 76 y ss. (Porras Gil 1995, 280).
9. AGS, *Secretaría de Guerra*, Legajo 1317, fol. 205 (Porras Gil 1995, 281).
10. AGS, *Estado*, 57, fol. 1 (Porras Gil 1995, 282).
11. Es idéntica conclusión a la llegada por Porras Gil: «La decisión de anteponer otras fortalezas más fronterizas a Logroño, se mantuvo en el tiempo, no haciéndose ninguna otra especulación teórica ni práctica que tuviese como centro la resolución de su cerco. Era lógico por otra parte, pues en un momento de crisis económica debía concederse prioridad a las plazas de frontera, sin duda mucho más expuestas, dejando las de apoyo para momentos más oportunos. Si bien la idea era correcta y prudente, el resultado se podía prever, pues los vastos planes propuestos para los recintos más conflictivos de San Sebastián, Pamplona, Fuenterrabía, demandaban cada vez mayores sumas de dinero, no saliendo la Monarquía del ahogo económico en gastos de defensa, continuando a perpetuidad en lista de espera plazas más apartadas del peligro francés como era el caso de Logroño.» (1995, 282)

LISTA DE REFERENCIAS

- Allo Manero, Adelaida. 1991. La muralla de la ciudad de Logroño, 1498-1540. *Berceo* 121: 169-173.
- Álvarez Clavijo, María Teresa. 2003. *Logroño en el siglo XVI: arquitectura y urbanismo*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- Cámara, Alicia. 2000. Las fortificaciones del emperador Carlos V. En *Carlos V. Las armas y las letras. Granada*. Madrid: Sociedad Estatal para la Conmemoración de los Centenarios de Felipe II y Carlos V: 123-137.
- Cobos Guerra, Fernando. 2002. Artillería y fortificación ibérica de transición en torno a 1500. En *Mil Anos de Fortificações na Península Ibérica e no Magreb (500-1500): Simpósio Internacional sobre Castelos 2000 Castelos*. Lisboa: Colibri: 677-696.
- Cobos Guerra, Fernando. 2004. *La artillería de los Reyes Católicos*. Medina del Campo: Junta de Castilla y León.
- Cobos Guerra, Fernando y De Castro Fernández, José Javier. 2000. Diseño y desarrollo técnico de las fortificaciones de transición españolas. En *Las fortificaciones de Carlos V*. Libro coordinado por C. J. Hernando Sánchez. Madrid: Ediciones del Umbral: 218-243.
- Cobos Guerra, Fernando y De Castro Fernández, José Javier. 2014. Berlanga y la arquitectura militar de su época. En *El castillo de Berlanga. Siglos de historia en torno a sus murallas*. Libro editado por R. de Pablo Martínez, Roberto y C. Santos Ozores. Berlanga de Duero: Asociación de Amigos del Castillo de Berlanga: 128-147.
- Cock, Enrique. 1879. *Jornada de Tarazona hecha por Felipe II en 1592 pasando por Segovia, Valladolid, Palencia, Burgos, Logroño, Pamplona y Tudela*. Madrid: Imprenta y fundición de M. Tello.
- Monteano, Peio. 2021. *La conquista de Hondarribia. Entre España, Navarra y Francia (1521-1524)*. Pamplona: Editorial Mintzoa.
- Porras Gil, Concepción. 1995. *La organización defensiva española en los siglos XVI-XVII. Desde el río Eo hasta el valle de Arán*. Valladolid: Universidad de Valladolid.
- Sáenz Cenzano, Salvador. 1950. Cartas a Logroño: aportación para un estudio del sentimiento logroñésista. *Berceo* 14: 53-68.
- Téllez Alarcía, Diego. 2021. *El cerco de Logroño de 1521: mitos y realidad*. Logroño: Instituto de Estudios Riojanos.
- Tudanca Casero, Juan Manuel y López de Calle, Carlos. 2021. Los testigos de una historia de cinco siglos. El cubo del Revellín y la Puerta del Camino. *Belezos* 44: 78-83.
- Villena Pardo, Leonardo. 1998. Sobre la fortificación renacentista (o de transición) en España y sus dominios (desde los Reyes Católicos a Felipe II). *Castillos de España* 110-111: 3-18.